

**NICOLÁS MAQUIAVELO AL MAGNÍFICO LORENZO DE' MEDICI  
EL JOVEN, SALUD.<sup>1</sup>**

Suelen, las más de las veces, quienes desean conseguir la benevolencia del príncipe, presentarse ante él con bienes que saben gratos al señor o con cosas que saben que lo deleitan sobremanera. Por esto se le suelen ofrendar caballos, armas, vestidos bordados con oro, piedras preciosas u otros ornamentos semejantes, pero siempre dignos de su grandeza. Como mi deseo es ponerme a disposición<sup>2</sup> de Vuestra Magnificencia con un testimonio que demuestre mi devoción para con vos, y no habiendo encontrado entre mis bienes nada que yo tenga en más estima, o considere más valioso, que el conocimiento de los hechos de los grandes hombres —que he aprendido gracias a una larga experiencia en la vida moderna y a una continua lectura de las acciones de los antiguos, las cuales he meditado y estudiado con diligencia y largamente—, quiero dedicar a Vuestra Magnificencia el librito en el que lo he resumido.<sup>3</sup>

Y si bien considero esta obra indigna de seros dedicada, estoy plenamente convencido, empero, de que vuestra

benignidad tendrá a bien aceptarla, más si considera que no puedo haceros mayor don que daros la posibilidad de conocer en brevísimo tiempo todo lo que yo, durante tantos y tantos años,<sup>4</sup> y con tantas fatigas y peligros, he estudiado y aprendido. No la he adornado ni la he llenado con frases redundantes o con palabras pomposas y grandilocuentes, tampoco con las alcahueterías<sup>5</sup> o con los ornamentos solo artificiosos<sup>6</sup> con los que otros suelen componer y decorar sus obras, pues he pretendido que nada la orne y la haga agradable excepto la variedad de la materia tratada y la gravedad del asunto.

No quiero que se vea presunción en que un hombre de baja e ínfima condición se atreva a discurrir y a reglar sobre el gobierno de los príncipes,<sup>7</sup> porque del mismo modo que los cartógrafos bajan hasta el llano para conocer la condición y altura de las montañas —y que quienes quieren conocer el llano suben hasta lo alto de los montes—, conviene ser príncipe para conocer la naturaleza del pueblo y hace falta ser del pueblo para entender la del príncipe.

Acepte, pues, Vuestra Magnificencia este pequeño don con intención idéntica a la que me hace ofrecérselo.<sup>8</sup> Si lo tenéis en consideración y lo leéis con diligencia, veréis en él el grandísimo deseo que tengo de que aquella Magnificencia alcance la grandeza que Fortuna y vuestras cualidades auguran. Y si Vuestra Magnificencia, desde la cima de su alteza, se digna pararse a observar estas bajezas, comprobará cuán inmerecidamente Fortuna me obliga a sobrellevar una gran, y continua, malignidad.<sup>9</sup>

## **I. DE CUÁNTAS CLASES DE PRINCIPADOS HAY, Y DE QUÉ MODO SE AQUISTAN<sup>10</sup>**

Todos los estados, todas las formas de gobierno que ejercen poder sobre los hombres han sido —y son— o repúblicas o principados. Los principados pueden ser o hereditarios, cuando la sangre del señor se perpetúa históricamente en un linaje principesco, o nuevos. Los nuevos, o son totalmente nuevos —como lo fue Milán para Francesco Sforza—,<sup>11</sup> o son como miembros ayuntados al estado hereditario<sup>12</sup> del príncipe que los conquista, como es el reino de Nápoles para el rey de España.<sup>13</sup> Los dominios así adquiridos, o acostumbran a vivir bajo un príncipe, o suelen ser libres;<sup>14</sup> y se ganan bien con las armas, sean de terceros o propias, o bien por casos de Fortuna, o por virtud.<sup>15</sup>

## **II. LOS PRINCIPADOS HEREDITARIOS**

No me detendré a tratar de las repúblicas, porque ya traté largamente de ellas en otro lugar.<sup>16</sup> Me ocuparé solo del

principado, retejeré la urdimbre de lo sobrescrito y discutiré sobre de qué manera se pueden gobernar y mantener estos principados.

Digo, pues, que los estados hereditarios y acostumbrados al linaje de su príncipe son mucho más fáciles de conservar que los nuevos, porque basta únicamente con no abandonar el modo de gobernar de los antepasados y además acomodarse<sup>17</sup> a eventuales adversidades. Si obra de este modo, un príncipe con un talento ordinario se mantendrá fácilmente en su estado, siempre que no aparezca una fuerza extraordinaria y desmesurada que se lo arrebathe. Y si se ve privado del poder, podrá recuperarlo apenas el usurpador se tope con una dificultad, por pequeña que sea.

Tenemos en Italia el ejemplo del ducado de Ferrara,<sup>18</sup> que no resistió ni los ataques de los venecianos en 1484 ni del papa Julio en 1510 por razones que nada tienen que ver con la antigüedad de su Estado. Como el príncipe natural<sup>19</sup> tiene menos razones y menor necesidad de ofender a su pueblo,<sup>20</sup> viene de suyo que sea más amado; y si vicios extraordinarios no lo convierten en odioso, es razonable que sea respetado naturalmente por los suyos. De este modo, si en el dominio reinan antigüedad y continuidad, entonces se debilitan el recuerdo y las causas de las innovaciones:<sup>21</sup> se sabe que una mutación<sup>22</sup> deja siempre los cimientos para la siguiente.

### III. LOS PRINCIPADOS MIXTOS

Por el contrario, las dificultades se dan en el principado recién creado. En primer lugar si no es del todo nuevo, sino que es como un miembro agregado a otro que ya posee el

príncipe conquistador<sup>23</sup> —como si el conjunto pudiera ser llamado mezcla de antiguo con nuevo—, pues los deseos de cambio nacen de una dificultad innata a todos los principados nuevos: y es que los hombres mutan voluntariamente de señor creyendo mejor al nuevo, y esta creencia los hace levantarse en armas contra el viejo. Y en esto se engañan, porque la experiencia les hará ver que han empeorado.<sup>24</sup> Y es así por consecuencia de otra necesidad natural y ordinaria, pues es inevitable que los nuevos súbditos se sientan humillados con la gente de armas y con las injurias infinitas que trae consigo la conquista. Así, todos aquellos a quienes has ofendido con la ocupación de aquel principado se convierten en tus enemigos. Y como no puedes<sup>25</sup> satisfacer a quienes te auparon a aquel estado con los bienes que esperaban, y como no puedes usar contra ellos crueldad<sup>26</sup> (pues a ellos les debes el puesto y a ellos te sientes obligado), no puedes conservarlos como amigos. Sucede siempre así porque, aunque uno tenga un ejército potentísimo, necesita el favor de los habitantes para entrar en un territorio. Luis XII, rey de Francia, ocupó el ducado de Milán tan rápidamente como lo perdió, y por las razones dichas:<sup>27</sup> la primera vez bastaron las fuerzas de Ludovico Sforza porque el mismo pueblo que antes le había abierto las puertas al francés —viendo engañadas las ilusiones y el bien futuro que esperaba— no pudo soportar los abusos del nuevo príncipe.

Es verdad que las regiones rebeldes, si se conquistan una segunda vez, se pierden más difícilmente, porque el señor, habiendo tomado nota de cómo se conducen los desórdenes y la rebelión —y con la intención de perpetuarse en el poder—, es menos respetuoso a la hora de castigar a los contrarios desleales, de descubrir a los sospechosos, y provee a reforzar con más cuidado el flanco débil. De

este modo, si para que los franceses perdieran Milán por primera vez se bastó el duque Ludovico haciendo un poco de alboroto en las fronteras,<sup>28</sup> para que lo perdieran una segunda fue necesaria la unión de todo el mundo y que sus ejércitos fueran cautivos y desarmados y expulsados de Italia;<sup>29</sup> y esto tuvo su causa en las razones ya expuestas. Sea lo que fuere, el ducado le fue arrebatado en dos ocasiones. Las razones generales que explican la primera pérdida ya han sido relatadas; queda, pues, explicar los motivos de la segunda y ver qué soluciones tenía el rey francés y cuáles puede aplicar —quien se encuentre en una situación semejante— para mantener mejor la conquista que Francia no pudo retener.

Digo, por tanto, que aquellos estados que al ser conquistados se añaden al territorio de un Estado conquistador ya reconocido, o son de la misma región y comparten lengua, o no lo son.<sup>30</sup> Cuando se hermanan, es fácil conservarlos, máxime si los conquistados no están acostumbrados a vivir libres.<sup>31</sup> Para poseerlos sin sobresaltos es suficiente extinguir el linaje del príncipe que los dominaba, pues si se respeta el resto de sus viejas tradiciones, no habiendo disconformidad en las costumbres, los hombres se mantienen quietos, como se puede ver en Borgoña, Bretaña, Gascuña y Normandía, que llevan mucho tiempo unidas a Francia; y aunque tengan lenguas no completamente iguales, como las costumbres son semejantes, pueden acordarse con facilidad. El conquistador de tales estados, si pretende conservarlos, debe tener dos precauciones: una, asegurarse de que el linaje del príncipe anterior se extinga; otra, no cambiarle al conquistado ni las leyes ni los tributos, y así conseguirá —en un tiempo brevísimo— que los nuevos territorios conformen, con el principado conquistador, un único cuerpo.

Sin embargo, cuando se conquistan estados en una región con diferente lengua y con extrañas costumbres e instituciones,<sup>32</sup> entonces aparecen las complicaciones y se hace necesario, si se quiere conservarlos, tener la fortuna a favor y mucha destreza. Gran remedio, y muy eficaz, sería que el conquistador fuera a habitar entre los conquistados, lo que haría más segura y más duradera aquella posesión, como ha hecho el turco en Grecia,<sup>33</sup> quien, no obstante todas las demás artes empleadas para mantener aquel estado, no lo hubiese podido conservar si no hubiese ido a vivir allí. Si vives en la zona conquistada puedes ver nacer los desórdenes y poner remedio al instante. No habitándola, se tiene conocimiento de ellos cuando se han hecho fuertes y ya no tienen solución; además, verás la nueva tierra expoliada por tus oficiales. Los súbditos gustan de poder contar con la cercanía del príncipe, pues así tienen más razones para amarlo —si fueran buenos— y más razones para temerlo, si quisieran comportarse de manera diferente. Los extranjeros que intentaran asaltar aquel Estado le tendrían más respeto y lo temerían. En definitiva: el Estado en el que el príncipe tiene su residencia se pierde solo en casos extremos.

Otro remedio, y de los mejores, es establecer colonias en uno o dos lugares, que harán las funciones de grilletes de aquel Estado. O se hace de este modo o se hace necesario destacar abundante tropa de infantería y de a caballo. Con las colonias no se gasta mucho y así, sin gastos, o con muy pocos, las sujeta y mantiene el príncipe; y ofende solo a aquellos a quienes desposee de campos y casas para dárselos a los colonos,<sup>34</sup> que son una minoría en aquel Estado. Y los ofendidos, al quedar desperdigados y pobres, no le pueden causar ya problemas; y los otros quedan todos bien

quietos, unos por no haber recibido ofensa, otros temerosos de obrar erradamente y de recibir el castigo infligido a los expoliados. Concluyo: las colonias no cuestan dinero ni desvelos, son más fieles, ofenden menos y los ofendidos, que quedan pobres y a la desbandada, son inofensivos, como se ha dicho.

Con ello, conviene señalar que los hombres deben ser o mimados o aniquilados;<sup>35</sup> pues pueden vengar las ofensas menores, pero quedan incapaces de vengar las grandes afrentas. La afrenta infligida a un hombre ha de ser tan definitiva que no pueda ser vengada.<sup>36</sup> Si en lugar de colonias tienes destacada gente de armas, el coste es mayor, pues estás obligado a gastar en vigilancia todos los ingresos que proporciona el nuevo Estado, de manera que el beneficio se te vuelve pérdida. Si así te comportas, afrentas mucho a aquella gente con las molestias que conlleva desplazar y asentar toda la impedimenta de un ejército, y de tal disturbio se resienten todos y todos se vuelven enemigos; y son enemigos peligrosos al haber sido ofendidos en su propio territorio. En cualquier caso, el control militar es dañoso,<sup>37</sup> tanto como útiles resultan las colonias.

Quien ocupa una región extraña, de las que ya se ha hablado,<sup>38</sup> debe hacerse caudillo defensor de los colindantes más débiles y, a la vez, procurar debilitar a los vecinos potentados y guardarse bien de que, en ningún caso, no le entre los territorios un forastero tan poderoso como él. Siempre hay alguien dispuesto a acudir a la llamada de los conquistados que quedan descontentos porque o son ambiciosos o están aterrorizados. Así sucedió con los etolios, que introdujeron a los romanos en Grecia<sup>39</sup> y luego, en todas las zonas conquistadas, se hicieron ayudar por los naturales de aquellas tierras.